

079. Dios es feliz...

Dios, ¿es feliz?... Qué pregunta más tonta, ¿no es verdad? Un escritor teólogo va enumerando los títulos de Dios, y da la lista de los consabidos atributos divinos: todopoderoso, eterno, santo, inmenso, infinito...; sigue con unos cuantos más, para acabar admirado: *¡y tododichoso!*

El mismo escritor nos cuenta cómo, basándose en esta felicidad de Dios, se le ocurrió hacer una encuesta entre sus alumnos del Instituto, y les preguntó:

- *¿Cuál es tu mayor sueño de felicidad? ¿Qué es lo que más necesitas para ser feliz?*

Y obtuvo, entre otras, estas respuestas:

- La dicha, la felicidad es... ¡vivir!

- Para mí, la felicidad es amar.

- La felicidad es gozar de todo.

Basado en estas tres respuestas, se *playó* entonces en aquel su artículo sobre la felicidad de Dios y la que nos espera a nosotros en Dios.

Iba a decir, que un atributo divino como éste, el Dios “tododichoso”, es el que más puede interesar y decir a nuestro corazón. Porque el hambre de felicidad lo llevamos encarnado en todo nuestro ser, y sólo en Dios encontramos la fuente y el colmo de toda felicidad.

¿Se ama a Dios? Entonces, se quiere que Dios sea feliz del todo.

¿Nos queremos a nosotros mismos? Entonces, queremos un Dios que nos haga felices con la misma dicha suya.

¿Es esto un sueño? La Biblia nos presenta a un Dios feliz en su casa, esperándonos a todos para hacernos beber en el torrente de sus delicias (Salmo 35,9) Una delicias que Pablo, con palabras de Isaías, las expresa diciendo que “*ni el ojo vio, ni oído escuchó, ni en cabeza humana pudo haber el imaginar lo que Dios tiene preparado para los que le aman*” (1Corintios 2,9)

Hoy hemos abandonado el filosofar mucho sobre Dios —por más que eso estaba muy bien en las clases y en los libros— y nos hemos dado a pensar en un Dios más cercano, más nuestro, que esté más a nuestro lado, y no aislado allá en las alturas del cielo. Y porque queremos un Dios así, lo más nuestro posible, pensamos en el Dios “tododichoso”, que es feliz, y que nos quiere hacer dichosos, felices también a nosotros, con la misma felicidad suya.

Estaba muy enfermo un celebre sacerdote jesuita (Padre Ravignan), tan santo como grande era su fama de elocuente orador. Se le preguntó con solicitud:

- *Padre, ¿sufre mucho?*

Y él, por toda respuesta, clava los ojos hacia arriba, y contesta orando:

- *Me encuentro mal, mi Dios; pero Tú estás muy bien. Me siento dichoso*

¡Qué respuesta y qué oración tan magníficas! La felicidad de Dios es la seguridad de la felicidad nuestra. Porque si Dios se nos va a dar del todo en la visión cara a cara de Él mismo, la felicidad suya será la felicidad nuestra para siempre.

El profesor teólogo analizó las respuestas de sus alumnos y lo aplicó todo a la felicidad propia de Dios.

Dios que es la **vida**, que vive para siempre, y para siempre será feliz por su vida que no puede morir.

Dios que es **amor**, que se ama y ama a todos, será infinitamente feliz con un amor que no puede fallar.

Dios que es **felicidad**, que goza al poseer todo bien en grado infinito, es feliz porque nada le falta; y es tan feliz, tanto, que aunque Dios quisiera ser más feliz, no podría serlo...

Y éste es el Dios que nos hace entrever lo que nos tiene reservado. Sus bienes los miramos ahora como los niños ante el escaparate de un gran almacén en los días de Navidad. Los niños se agolpan ante el cristal: gritan, piden, sueñan en tantos juguetes... Con una gran diferencia, naturalmente, entre el niño ante los juguetes y nosotros ante Dios. El niño ve los juguetes y sabe lo que son. Mientras que nosotros, sin ver, creemos en una dicha que será nuestra, aunque ni imaginamos lo que puede ser.

La joven Doctora de la Iglesia, Teresa de Lisieux, oye a una de las hermanas del convento que le dice, al ver tan enferma a la que ha sido un verdadero ángel:

- Sor Teresita, cuando se nos vaya, vendrán los ángeles más bellos, revestidos con blancas túnicas, para llevarse su alma al Cielo, radiantes de alegría, resplandecientes...

Y Teresa, tan joven, pero tan aplomada, contesta:

- Todas esas imágenes no me dicen nada. Yo sólo me alimento de la verdad. A Dios y a los ángeles, espíritus puros, no los podemos ver cómo son. Prefiero esperar la visión eterna.

¡Bien por la lección que nos da la querida Doctora! Dios es feliz con felicidad para nosotros incomprensible. Y así es de incomprensible la felicidad que nos guarda Dios. Por eso, preferimos soñar con otro Doctor de la Iglesia, el gran Agustín, que se decía con dulce nostalgia:

- ¡Oh bienes del Señor, dulces, inmortales, incomparables, sempiternos, incommutables! ¿Y cuándo os veré, oh bienes de mi Señor?...

Cuando pensamos en Dios, en el Dios cercano que nosotros queremos a nuestro lado, hacemos bien en llamarlo con la solemnidad del cura en las oraciones de la Misa: “¡Dios todopoderoso y eterno!”...

Está muy bien, porque Dios es eso.

Pero hoy, agradecemos al profesor de teología el que nos haya dicho: *-¿Y ya piensan alguna vez en el Dios “tododichoso”, comunicador de toda su felicidad?...* Porque Dios es muy feliz, aunque nos encontremos enfermos o pobres, ¡qué felices que somos también nosotros!...